

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto \$ 0,02
Atrasado 0,03
Serie de 10 Nros. . . . 0,20
Suscripción anual . . . 1,50
id por trimestre . . . 0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Raúl Velásquez R.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

• ECRIENTE

AÑO IV |

Villavicencio, Octubre 12 de 1919 - Número 363

[SERIE 10

Lo que en este año han hecho en Montfort Papurí los RR. PP. Montfortianos (Cía. de María)

Misión Indígena de la Compañía de María.—Vaupés.—Villavicencio, Septiembre 25 de 1919.
Al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo Primado, Presidente de la Junta de Misiones en Colombia.

Bogotá.

LO QUE SE HIZO EN EL ÚLTIMO AÑO

Destruída por cruel incendio, nuestra fundación de Montfort Papurí, dejé allí a mis celosos compañeros, para que repararan cuanto antes los daños, mientras venía yo a dar cuenta a la Honorable Junta de Misiones de los trabajos llevados a cabo en el último año, y solicitar recursos y personal con que poder continuar la obra de Dios.

Como lo indiqué y demostré en el anterior informe que corre impreso, los dos grandes factores que vamos empleando en la catequesis de los Indios, son: LA MORAL CRISTIANA, enseñada por la práctica lenta pero progresiva de la religión y EL TRABAJO nobilitante y moralizador, sin excluir el ESTUDIO CÍVICO o AMOR PATRIO, haciendo conocer y amar de nuestros feligreses: el himno y el pendón nacional así como el nombre y retrato del primer magistrado de la República; dándoles en fin algunas nociones sobre Geografía e Historia Patria.

INTERNADOS

Durante los primeros años nos habíamos concretado a enseñar la moral cristiana en la iglesia y en la escuelas, entonces meramente externas; pero, nos íbamos convenciendo cada día más, de que poca, muy poca cosa podíamos esperar de la proverbial indolencia y mala voluntad, así como de los vicios in-

terados en los adultos y en los ancianos, razón porque nuestro ascendiente o influencia sobre la juventud era insuficiente debido al ambiente vicioso y pagano que la rodeaba.

Mas que nunca anhelábamos consagrar lo mejor de nuestro celo y de nuestros esfuerzos a esa misma juventud, convencidos de la necesidad urgente que había de formar hogares y núcleos cristianos para alcanzar algún bien estable.

Para eso y por los motivos arriba apuntados, se imponía la separación, el aislamiento del hogar, de la familia siendo ésta, foco de corrupción y escuela de todos los vicios.

En toda sociedad la reclusión de los educandos es utilísima, pero en los centros indígenas es simplemente imprescindible.

¿Cómo en efecto, civilizar la juventud dejándola en pleno paganismo? Afirmar ésto sería de una vez desconocer la irresistible eficacia del medio y del ejemplo en la educación de la infancia, sería pretender civilizar el indio sin modificar sus hábitos, educar bárbaros sin extirpar su barbarie.

Convencidos de todo eso, empezamos a mediados del año pasado, los internados de Montfort Papurí y de Santa María del Cuduyari. Hablaré solo del primero de aquellos internados, dejando al superior de Santa María el cuidado de suministrar datos sobre la marcha del de su cargo.

Con el beneplácito de sus padres, pudimos reunir en Montfort Papurí, unos 60 jóvenes, estableciendo como primera y esencial regla: Separación completa y vigilancia continua.

En estas condiciones se faci-

lita sumamente la aplicación de los dos grandes factores de la catequesis: la práctica de la moral cristiana y el trabajo fecundo y moralizador. En efecto, alejados así de los funestos ejemplos y degradantes costumbres de sus mayores y de sus mismos padres, y en contacto continuo con los misioneros, los alumnos tenían que modificar poco a poco su vida, sus ideas y costumbres. Ningún medio fué omitido para cultivar esas plantas bravías de la selva y hacerles producir agradables y olorosas flores en el jardín del Padre de familia. Para inculcarles los principios sanos y civilizadores del cristianismo, y acabar con las numerosas supersticiones e inmorales costumbres de su tribu era preciso: introducir la vida sobrenatural donde sólo existía la vida animal en su aceptación más baja; retirar del fango del vicio, su elemento, a aquellos seres e inspirarles algún ideal, asunto difícilísimo, vista su extrema abyección y deplorable degeneración. Sólo la virtud, creada por una enseñanza religiosa continua y actos continuos de moralidad podía triunfar de un hábito innato de inmoralidad y de la falta de religión. Para conseguir aquello, los misioneros no dejamos escapar ocasión alguna y tanto en la iglesia como fuera de ella, inculcamos a los niños, con el ejemplo y con la palabra, esa práctica de actos religiosos y morales.

Así es como secundados por la aplicación del reglamento del internado, organizado por el R. P. Kok, les vamos familiarizando con la idea de la presencia de Dios, acostumbrándolos a no hacer y a no tomar nada sin encomendarse al Autor de todo bien.